

RANILLA GARCÍA, M. (coord.), *Historia de una excavación horizontal. El hallazgo y la extracción de material lapidario de la muralla de León*, León, 2016, 331 pp., ISBN: 978-84-941234-7-4.

En poquísimas ocasiones ve la luz una monografía en la que se publica un conjunto tan numeroso de textos epigráficos inéditos. Acostumbrados los especialistas en la epigrafía romana de Hispania, como también los del resto del Imperio, a los trabajos de edición de uno, dos o a lo sumo unos pocos nuevos documentos hallados fortuitamente y por doquier, en una suerte de goteo incesante de nuevos epígrafes que poco a poco acrecientan los distintos *corpora*, resulta excepcional y muy gratificante al tiempo, la aparición de una obra como la que motiva estas líneas, en la que se dan a conocer más de medio centenar de nuevos epígrafes funerarios de época altoimperial hallados en la ciudad de León. Tal magnitud es consecuencia de los trabajos arqueológicos llevados a cabo en el lienzo B y en el cubo 2 de su muralla bajoimperial durante los meses de enero y febrero de 2010. De hecho, tras el afortunado descubrimiento de un epígrafe embutido en esa parte de la muralla durante unas obras de emergencia a mediados de 2009 y al constatar que había otros muchos más, se aprobaron los referidos trabajos de investigación para proceder a la extracción de todo este nuevo material lapídeo inscrito que había sido reaprovechado en su construcción.

El resultado de todo este trabajo se presentó a mediados del año 2016, más de un lustro después de concluidas las labores en la muralla, un tiempo que, a pesar de que a muchos se nos hizo demasiado largo, está plenamente justificado por la dificultad intrínseca del análisis de tan amplio conjunto epigráfico y por la propia calidad global de la obra. En efecto, se trata de un buen volumen de edición muy cuidada y gran calidad, tal como se puede apreciar por el tacto del papel así como por las magníficas fotografías y gráficos, todos ellos a color. Para su edición ha contado con el apoyo del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte y de las principales instituciones locales, el Ayuntamiento y la Universidad, así como de Decolesa, empresa constructora encargada de ejecutar los trabajos de extracción.

El libro se presenta como un compendio multidisciplinar organizado en varios capítulos y coordinado por Melquiades Ranilla, buen conocedor de todo lo que atañe a las murallas leonesas como Arquitecto Redactor del Plan Director de las Murallas de León y que fue el director del proyecto que da origen al libro. Reúne un elenco de los especialistas necesarios para un completo estudio y exposición de los resultados obtenidos, así, aparte de los expertos en arqueología y epigrafía, se añaden a mi modo de ver, con acierto, las aportaciones de los estudios petrológico y jurídico.

Sin duda, lo más relevante de esta “excavación horizontal”, parafraseando el título de la obra, es el nuevo material epigráfico extraído de la muralla y, por lo tanto, es su edición, análisis y estudio pormenorizado el que obviamente tiene mayor peso, ocupando dos tercios de sus páginas. El hecho de que sea un libro fundamentalmente de base epigráfica y que mis propios intereses y conocimientos se hayan centrado en esa disciplina, hacen que

el grueso de mis apreciaciones y valoraciones se centren en las cuestiones epigráficas, no obstante, también me parece conviene dedicar unas palabras a los demás capítulos.

El primer capítulo “Defensa de la ciudad: la muralla de León y los reaprovechamiento lapidarios” (pp. 15-27) lo firma Luis Grau Lobo, director del Museo Arqueológico de León. El autor efectúa un repaso histórico sobre el papel que juega la muralla como elemento definitorio para la ciudad, desde la Antigüedad hasta nuestros días. Resume la historia de las murallas leonesas, dividiéndola en tres grandes etapas: una primera etapa de construcción, de larguísima duración que abarca las sucesivas fases constructivas desde la época romana, con la erección de una primera cerca a partir del campamento legionario y su petrificación en el siglo IV, pasando por las constantes reparaciones y remociones de época medieval incluyendo también la ampliación bajomedieval. La segunda etapa es de derribo, iniciada a fines del siglo XIX, se inserta en el contexto nacional del crecimiento urbano propiciado por la incipiente industrialización, en el que la muralla se convierte en freno para la expansión y obstáculo para la apertura de avenidas y nuevas calles. Recuerda el autor que entonces se recuperó un primer conjunto epigráfico muy notable, estudiado por el Padre Fita, que formaría la base del futuro lapidario del Museo Arqueológico de León y, a su vez, cómo los eruditos de la época ya fueron conscientes del reaprovechamiento del material epigráfico en la construcción de la muralla. En relación con la reutilización de las inscripciones antiguas, el autor aporta una nueva vía explicativa: señala que este reaprovechamiento de materiales epigráficos romanos en época medieval no sólo respondió a un mero utilitarismo, sino también a un cierto simbolismo (p. 24). La etapa destructora llega hasta mediados del siglo XX en el que lentamente se modifica la apreciación que ciudadanos y administraciones públicas tienen de la muralla, cambiándose hacia una revalorización de la misma. Se inicia entonces una tercera etapa en la que se frena la destrucción y comienza a verse la muralla con nuevos ojos, como un valor cultural, turístico y monumental muy positivo para la ciudad.

El texto de la profesora Gema Vallejo Pérez, de la Universidad de León, ocupa el segundo capítulo: “La titularidad estatal de la muralla y cercas de la ciudad de León (pp. 29-39). Es un trabajo de contenido exclusivamente legal que resulta un tanto extraño en un volumen como este. Ahora bien, teniendo en cuenta, por un lado, las numerosas usurpaciones y apropiaciones indebidas que los particulares han hecho de las murallas especialmente en las dos últimas centurias, y, por otro, las pretensiones del Ayuntamiento de atribuirse su propiedad, es pertinente la realización de un informe jurídico como el que presenta la autora para despejar las eventuales dudas sobre la verdadera titularidad de este espacio, dudas que a juicio de la autora carecen de fundamento, pues las murallas siempre han sido del Estado, primero adscritas al Ministerio de Defensa, dada su función defensiva, y actualmente al Ministerio de Hacienda, tras mutar su función hacia un valor cultural artístico y patrimonial. Por lo tanto, los particulares nunca han sido propietarios y tampoco el Ayuntamiento, que es “sólo «cuidador» del monumento” (p. 35). Sustenta el informe sobre lo dispuesto en la legislación básica, Código Civil y Constitución Española, y argumenta con solidez su dictamen para concluir afirmando que la muralla y las cercas medievales de León “son titularidad del Estado como bien de dominio público incluido dentro del patrimonio histórico artístico” (p. 38), por lo que sugiere esta profesora la necesidad de que el Estado, a través de la administración pública competente, se encargue de contactar con los particulares poseedores de la muralla e intervenga por vía judicial, si no se llega a un acuerdo, para llevar a cabo las actuaciones previstas en el Plan Director de las Murallas.

Complementario al estudio epigráfico es el informe arqueológico del sector amurallado del que se extrajeron las lápidas. Corresponde este al tercer capítulo del libro: “Lectura de paramentos del cubo nº 2 y del lienzo B de la muralla de León” (pp. 41-78), un tra-

bajo colectivo firmado por los arqueólogos Ángel Luis Palomino Lázaro y José Enrique Santamaría González junto con el director del proyecto y coordinador del libro. La finalidad de este texto, bien definida en su título, es sencillamente la lectura arqueológica de los paramentos externos de la muralla de los que posteriormente se extrajeron los epígrafes, pues, en efecto, fue precisamente durante las obras de limpieza y restauración de ese pequeño sector de lienzo oriental cuando se descubrió la presencia de las inscripciones. Es un trabajo eminentemente técnico, en el que se identifican todas y cada una de las distintas actuaciones constructivas, nominándolas como Unidades Estratigráficas Murarias (UEM), que se agrupan en 5 fases. El capítulo se inicia con unas páginas de contextualización, en las que se describe de nuevo la historia de la muralla (pp. 44-50). Pese a que repite en parte lo dicho ya por L. Grau en el capítulo inicial, son unas páginas que sirven de complemento porque ofrecen una visión arqueológica más técnica y aportan abundante bibliografía de interés para los especialistas.

En lo que respecta al estudio arqueológico propiamente dicho (pp. 50-63) y centrándonos en la primera fase constructiva, la que corresponde a la muralla de época tardorromana, pocas novedades aporta este estudio a lo ya conocido, puesto que fue levantada mediante fábrica de *opus incertum*, la más habitual de las utilizadas en León. No obstante, cabría señalar que en este pequeño sector abunda el material constructivo reutilizado: sillares, varios fragmentos de molduras de cornisas, una basa, además de *tegulae*, *imbrices*, ladrillos y placas de mármol, a los que hay que añadir los epígrafes. El trabajo se cierra con varias fotografías y planos muy elocuentes, especialmente las ortofotos en color del alzado en la que se han marcado con claridad las distintas UEM y las fases constructivas.

Antes de entrar al comentario epigráfico, quiero dedicar unas pocas palabras al succincto capítulo final, titulado: “Las litologías de la muralla: tipos, origen, usos y material lapidario” (pp. 323-331) a cargo del geólogo Luis Valdeón Menéndez, perteneciente a GEA, Asesoría Geológica. Se trata de una serie de breves fichas con las características geológicas del material utilizado para la construcción de esta parte de la muralla: descripción abreviada, procedencia, utilización en la muralla y si fue o no piedra inscrita. Salta a primera vista la gran variedad tipológica, 14 tipos distintos de cuarcitas, areniscas, calizas, mármoles y granitos. En todos los estudios epigráficos serios, bien sea en las ediciones de documentos inéditos y en las revisiones de lectura en revistas especializadas, o bien sea en la edición de los *corpora*, siempre se atiende a la descripción del material sobre el que se grabó la inscripción. Sin embargo, no es infrecuente la presencia de calificativos generales y/o poco precisos (mármol, caliza, granito, ...), cuando no erróneos, referidos al tipo de piedra. No se les puede recriminar a los epigrafistas que sean incapaces de realizar una correcta clasificación geológica, por ser esta una disciplina científica tan apartada de su formación académica, fundamentalmente humanística. Pero si es criticable la falta de un análisis petrológico efectuado por especialistas, por ello, considero la inclusión de este capítulo como un gran acierto para completar la adecuada y correcta edición epigráfica.

El cuarto y principal capítulo de esta obra, “Los hallazgos epigráficos”, ha sido redactado por el profesor Jorge Sánchez-Lafuente Pérez, del Área de Historia Antigua de la Universidad de León, en el que aborda la edición y análisis detallado de los 53 epígrafes funerarios recogidos en este pequeño sector de la muralla, de sólo unos 20 metros lineales. En términos generales es un grupo epigráfico muy homogéneo dada su unidad en cuanto a la sencillez de los monumentos y a la extracción social de los difuntos, de lo que se concluye que procedan seguramente de un mismo cementerio. Completa el catálogo con la inclusión de dos sellos sobre material latericio: un pequeño fragmento de *tegula* impresa hallado en este mismo sector (nº 54) y uno de las decenas de ladrillos similares (nº 55) marcados con la estampilla *L(egio) VII Gor(diana) P(ia) F(elix)* fechados a mediados del

siglo III que fueron recuperados en otra parte de la muralla, en concreto en la calle Carreras en agosto de 2010.

El trabajo está dividido en dos partes: una primera dedicada al tratamiento de las características generales del conjunto epigráfico y una segunda correspondiente al catálogo de epígrafes. Se completa con una amplia relación bibliográfica y un breve índice onomástico: “Abreviaturas, bibliografía e índices” (pp. 304-320). Empezando por el catálogo epigráfico, la “edición de las inscripciones” (pp. 162-303), este se estructura en 55 registros, uno para cada inscripción, compuesto por la descripción física del soporte, la transcripción del letrero, la lectura y su traducción, cerrándose con una “discusión”, en terminología del propio autor, que justifica la lectura e interpretación del monumento funerario. En el lateral de cada registro se incluye un resumen muy útil con los datos al uso en cualquier correcta edición epigráfica: medidas detalladas, cronología, tipo de piedra, paleografía. Aquí se indica también, mediante un número, el lugar exacto del que fue extraído el epígrafe, que remite a las fotos del alzado del lienzo y del cubo de la muralla para su correcta ubicación (pp. 166-167). Todos los epígrafes cuentan con al menos una fotografía de cuerpo entero y en ocasiones otras de detalle de algún motivo decorativo relevante o de los pasajes de más difícil lectura. Dada la excelente iluminación y nitidez de las fotografías es posible para el lector comprobar por sí mismo la lectura. Naturalmente que las lecturas y las dataciones propuestas están sujetas, como el mismo J. Sánchez-Lafuente reconoce, a una posterior revisión por los colegas. No obstante, considero que a la vista de los textos serán pocas las correcciones.

En cuanto al apartado que analiza las características generales de estas inscripciones, veamos a continuación los aspectos que me parecen más sobresalientes. En lo que respecta a la tipología de los epígrafes funerarios (pp. 84-88) pueden agruparse en dos grandes conjuntos: estelas (25 ejemplares) y placas (21) a los que se añaden 2 –quizás 3– aras funerarias y otros soportes varios. En todo caso, algunas de las piezas son de dudosa catalogación puesto que han llegado a nosotros mutiladas para acomodarse a su nueva función constructiva. Esto es especialmente aplicable a las estelas, para las que resulta difícil determinar su exacta tipología (cabecera plana, cabecera semicircular, cabecera en forma de ara) pues como digo, algunas están rotas por la parte superior. También varias de estas estelas presentan en el centro del campo epigráfico un agujero practicado en el momento en que cambió su función para convertirse en material constructivo y así facilitar el enganche de la tenaza utilizada para levantarla y colocarla en la muralla. Las estelas y aras fueron incrustadas enteras o con pequeños recortes mientras que las placas fueron troceadas para ser utilizadas como calzo del resto de sillares, según la necesidad. Afortunadamente, la recuperación de gran parte de esos fragmentos y un trabajo paciente han permitido una reconstrucción de gran parte de las placas, si no al completo, si lo suficiente como para restituir el sentido del texto. Acerca del material empleado, son destacables dos cosas. Por un lado, la presencia de cuatro ejemplares en granito, algo muy significativo dado que no es piedra local y, hasta el momento, escasísima en el *corpus* de León. Por otro, la utilización de caliza marmórea o marmorizada en la elaboración de muchas de las placas funerarias, algo que hasta la fecha, en palabras del autor, era desconocido en León.

Uno de los aspectos más interesantes por lo que supone de novedoso es el de la decoración pictórica (pp. 89-90). Por fortuna se conservan restos de la pintura original que cubría los epígrafes en casi un tercio de los ejemplares, entre los que destacan especialmente las estelas de *Atta* (nº 10) y *Epistemene* (nº 13), en las que se aprecia a simple vista el ocre rojizo que cubría parte de su superficie. Sin duda el hecho de permanecer ocultos en la muralla ha favorecido la conservación de los pigmentos. Los restos son tan visibles en la estela de *Atta* que el autor presenta un dibujo a color con la propuesta completa de restitución

de la policromía de este monumento, en una propuesta plausible y muy ilustrativa del aspecto que debió tener esta estela funeraria (p. 90). En cuanto a los motivos decorativos inscritos (pp. 89-99) que acompañaban al epitafio, en estos nuevos epígrafes se representaron muchos de los ya sobradamente conocidos en otros conjuntos urbanos de Hispania: aparecen algunas figuras humanas y zoomorfas, motivos vegetales y astrales, así como otros objetos como el *ascia*. Este ornamento figura en, al menos, tres epígrafes, con una clara simbología como elemento protector de la inviolabilidad del sepulcro y que está muy bien documentado en otras ciudades hispanas y ahora también en León (p. 95). También procede el autor a un análisis de conjunto de los “talleres lapidarios” (pp. 99-110) en los que se integran estos nuevos epígrafes funerarios, clasificándolos en siete *officinae* o talleres distintos, si bien muchos de los epígrafes responden a modelos bien conocidos a nivel regional o incluso en la misma ciudad de León.

Digno de elogio es el esfuerzo que realiza el autor en el análisis y determinación de la cronología de los epígrafes (pp. 110-121). Es esta una cuestión muy resbaladiza que en demasiadas ocasiones se despacha con asertos generales y poco precisos. Solo media docena de todos los epígrafes conocidos en León está datado de forma absoluta y ninguno de los editados en esta obra pertenece a ese grupo. Para suplir esta carencia, J. Sánchez-La-fuente busca paralelos regionales y por toda Hispania que ayuden situar cronológicamente los epígrafes, y así, atendiendo a los principales conjuntos de placas funerarias bien estudiados en otras ciudades, a las fórmulas sepulcrales, a la paleografía y a otros indicios concluye estableciendo una separación clara entre las estelas sin pintura, que a su juicio son más antiguas, desde época flavia hasta mediados siglo II y las estelas pintadas, que son posteriores. De modo parecido, las placas también se dividen en dos grupos: uno de mediados del siglo II hasta Septimio Severo y otro centrado en el siglo III, que bien pudiera llegar incluso a rebasar esta centuria. Como he señalado antes, estas dataciones serán objeto de revisión y discusión por parte de los especialistas, en cualquier caso, es indudable que las afirmaciones contenidas en esta obra son el necesario punto de partida para el estudio de esta cuestión en un futuro.

En lo tocante a los aspectos sociales reflejados en los epitafios, el autor efectúa un estudio demográfico detallado (pp. 122-130) pues el número de epígrafes así lo permite, presentado varias tablas y gráficos muy representativos. Se puede decir que las conclusiones a las que se llega son las esperables, no son especialmente novedosas en comparación con otros conjuntos funerarios de Hispania: mayor presencia de hombres que mujeres; alta mortalidad entre las mujeres de 20 a 40 años, por causas relacionadas con la gestación y el parto; algunos ejemplos de longevidad que pueden ser inverosímiles por excesivos. Más interesantes son las conclusiones referentes a la onomástica (pp. 130-146). En primer lugar porque gracias a estos epígrafes casi se dobla el elenco de testimonios legionenses. En su análisis considero destacable la ausencia de individuos que porten los *tria nomina* y la escasa presencia de *dua nomina*, lo cual contrasta con lo conocido hasta ahora en León, pero tiene una sencilla explicación en la posición social de los difuntos. Predomina por tanto, el nombre único, los *cognomina*, de los son una mayoría los de origen griego. De los *nomina* latinos, destaca la *gens Claudia*, con varios nuevos testimonios, que se añaden a uno ya conocido. En todo caso, según el autor, es un nombre familiar infrecuente en el noroeste. Si nos centramos en los *cognomina*, los nuevos epígrafes ofrecen una abundante e interesante información. Así, por ejemplo, se documentan algunos nombres latinos relacionados con oficios: *Metallica*, *Laturus*, *Cularus*. Los indígenas son menos numerosos y ya conocidos en los repertorios de la onomástica hispana de filiación indígena. Quizás lo más destacado sea la presencia de *Aliomus* por dos veces, un nombre hasta la fecha sólo testimoniado en otros dos casos en el ámbito vadiniense. En cuanto a los grie-

gos, que como dije son muy abundantes, suponen los nuevos más de dos tercios del total actual, lo que viene a colocar a esta ciudad a la par que otros núcleos urbanos de Hispania y encajan a la perfección con lo que cabría esperar de la onomástica de las capas bajas de la sociedad. Supone el autor que se trata de esclavos y libertos, pero resulta difícil precisar más por el mutismo en los epígrafes acerca de los lazos con su patrono o dueño. Por la estructura del texto y las fórmulas sepulcrales utilizadas y el latín empleado en estos epígrafes (pp. 150-156), los nuevos epitafios de León se apartan poco de lo esperable en este ambiente social, siendo por tanto, textos sencillos y estereotipados con abundantes vulgarismos.

Por último, un breve comentario sobre el “paisaje funerario” relativo a este nuevo conjunto epigráfico (pp. 158-161). En virtud de los tipos de soportes mayoritarios, placas y estelas, el autor sostiene que los de mayor tamaño estarían ubicados al aire libre, mientras que las placas (e incluso las estelas pequeñas, las de menos de 60 cms. de alto) se ubicaban dentro de edificios funerarios como panteones o *columbaria*. En relación con esto y teniendo en cuenta el lienzo del que se extrajeron los epígrafes, es natural sostener que tanto las estelas y aras como las placas funerarias formaron parte de los cementerios situados en la vía de acceso principal al campamento legionario, en la vía que a través de la vecina ciudad de *Lancia* se dirigía hacia oriente y en última instancia llegaba a la capital provincial. Abundando en esto, el autor propone incluso que parte de los epígrafes pudiera proceder de la propia *Lancia*, por estar situada a pocos kilómetros y así se explicaría la ausencia de epigrafía en esta ciudad. Considero que no es necesario acudir a una explicación que lleve tan lejos su procedencia, pues en la misma vía entre León y *Lancia*, no muy lejos del campamento legionario, en Puente Castro, se ha excavado recientemente parte de la población civil asentada junto a la legión, la *cannaba*. Más convincente me parece la afirmación de que gran parte de las inscripciones, sobre todo las placas, proceden de varios *columbaria* o panteones de *collegia funeraria*. Sea como fuere, la cuestión de la adscripción de estos epígrafes con los antiguos cementerios de León es asunto del que nada se puede decir, pues hasta el momento no se ha identificado ninguna de sus necrópolis altoimperiales.

En conclusión, el descubrimiento y extracción de este nuevo conjunto de lápidas es uno de los hitos fundamentales en la historia de la recuperación del *corpus* de epigrafía romana de la ciudad de León. Es cierto que en el año 2010 León contaba ya con un conjunto epigráfico relevante por su cantidad y variedad, pero también lo es que con esta nueva aportación exclusivamente funeraria, no sólo se aumenta el número total de epígrafes, sino que se obtiene una visión más global de la sociedad que la habitó. Ahora, gracias a estos nuevos testimonios sabemos mucho más de las gentes humildes que compartieron el lugar junto a los altos funcionarios, oficiales y legionarios. En fin, con la publicación de esta magnífica monografía, los autores ponen al alcance de todos una detallada y completa información de gran calidad que convierte sin duda a esta obra en título de referencia ineludible para los estudios de epigrafía romana de León.

DAVID MARTINO GARCÍA
 Grupo de Investigación ORDO
 Universidad de Alcalá